

CCXLI

LOS TERREMOTOS

1

Si esperamos en Dios con alma honrada,
premiará nuestra fe su providencia.
¿Qué es el temblor de nuestro globo? Nada,
al lado del temblor de la conciencia.

CCXLII

2

Colma nuestros deseos,
librando á nuestra patria, ¡cielo santo!
de estos días de espanto
en que rezan á solas los ateos.

CCXLIII

3

Aunque el hombre se aterra
al ver temblar bajo sus pies el suelo,
¿quién sabe si en el cielo
será ordenar el trastornar la tierra?

CCXLIV

4

Conmueve de placer nuestras entrañas,
el ver que, consolando ajenos males,
va la piedad, desde las casas reales
á barrer la miseria á las cabañas.

CCXLV

5

—¿Qué haremos, cuando el cielo
casas y templos con fragor derriba?



—¿Qué haremos, preguntáis, almas de hielo?
¡Tener fe en la justicia de allá arriba!

CCXLVI

6

Debe el bueno sentir que tiembla el suelo
como el justo de Horacio con firmeza,
y ver también que se desploma el cielo
sin inclinar siquiera la cabeza.

CCXLVII

7

¡Nadie sabe, mortales,
por qué cuarteando el globo nos castiga
ese gran Dios para quien son iguales
los destinos del hombre y de la hormiga!

CCXLVIII

8

Cuando se abre la tierra estremecida,
el bueno reza, se resigna y muere,
que es el único sabio en esta vida
el que sabe querer lo que Dios quiere.

CCXLIX

¿Oyes, Concha, los céfiros alados
que agita tu abanico en derredor?
Pues son todos suspiros ó recados
que te manda al oído

CAMPOAMOR.

DOLORAS

PRIMERA PARTE

I

COSAS DE LA EDAD

I

«Sé que corriendo, Lucía,
tras criminales antojos,
has escrito el otro día
una carta que decía:
—Al espejo de mis ojos.—



»Y aunque mis gustos añejos
marchiten tus ilusiones,
te han de hacer ver mis consejos
que contra tales espejos
se rompen los corazones.

»¡Ay! ¡No rindiera, en verdad,
el corazón lastimado
á dura cautividad,
si yo volviera á tu edad,
y lo pasado, pasado!

»Por tus locas vanidades,
¡que son, oh niña, no miras
más amargas las verdades,

cuanto allá en las mocedades
son más dulces las mentiras!

»¡Y que es la tez seductora
con que el semblante se aliña,
luz que la edad descolora!
Mas ¿no me escuchas, traidora?
(¡Pero, señor, *si es tan niña!*...)

II

«Conozco, abuela, en lo helado
de vuestra estéril razón,
que en el tiempo que ha pasado,
ó habéis perdido ó gastado
las llaves del corazón.

»Si amor con fuerzas extrañas
á un tiempo mata y consuela,
justo es detestar sus sañas;
mas no amar, teniendo entrañas,
eso es imposible, abuela.

»¿Nunca soléis maldecir
con desesperado empeño
al sol que empieza á lucir,
cuando os viene á interrumpir
la felicidad de un sueño?

»¿Jamás en vuestros desvelos
cerráis los ojos con calma
para ver solas, sin celos,
imágenes de los cielos
allá en el fondo del alma?

»¿Y nunca veis, en mal hora,
miradas que la pasión
lance tan desgarradora,
que os hagan llevar, señora,
las manos al corazón?

»¿Y no adoráis las ficciones
que, pasando, al alma deja
cierta ilusión de ilusiones?...
Mas ¿no escucháis mis razones?
(¡Pero, señor, *si es tan vieja!*...)»

III

– No entiendo tu amor, Lucía.
– Ni yo vuestros desengaños.
– Y es porque la suerte impía
puso entre tu alma y la mía
el yerto mar de los años.

Mas la vejez destructora
pronto templará tu afán.
– Mas siempre entonces, señora,
buenos recuerdos serán
las buenas dichas de ahora.

– ¡Triste es el placer gozado!
– Más triste es el no sentido;
pues yo decir he escuchado
que siempre el gusto pasado
suele deleitar perdido.

– Oye á quien bien te aconseja.
– Inútil es vuestra riña.
– Siento tu mal. – No me aqueja.
– (Pero, señor, *si es tan niña!*...)
– (¡Pero, señor, *si es tan vieja!*...)



II

GLORIA DE LA VIDA

¡Al fuego, cartas de adorados seres,
por quien la sangre derramé viviendo!
Arde á impulsos de esa luz, y ardiendo,
con vos se extinga *mi fatal pasión!*

¡Ved cuál la gloria de sus dulces rasgos
se lleva el aire en fútiles despojos!
¡No su partida lamentéis, mis ojos;
que humo las glorias de la vida son!

¡Al fuego, signos que sin fe trazaron
falsas mujeres que adoraba ciego!
VICTORIA, OCTAVIA, INÉS... ¡al fuego! ¡al fuego!
¡Maldita sea *mi fatal pasión!*

– ¡Nadie en el mundo como yo te adora! –
¡Arda á su vez la que tan bien mentía!
¡Ay! ¡quién, tal gloria al poseer, diría
que humo las glorias de la vida son!

¡Al fuego, enigmas de infernal sentido!
¡Digno sepulcro el desengaño os presta!
¡Cuán bien mi madre me alejaba en ésta
del torpe error de *mi fatal pasión!*

«¡Huye – dice – el amor, porque su gloria
es pacto vil de la ilusión de un día,
y al fin verás, alma del alma mía,
que humo las glorias de la vida son!»

III

VENTAJAS DE LA INCONSTANCIA

*Después de amarla, olvidala; que el cielo
La inconstancia al amor le dió en consuelo.*

(PATRICIO M. DE RAYÓN.)



y! anoche te escuché
(el que escucha oye su mal),
cuando á otro hombre, por tu fe,
le jurabas fe eternal.

¡Imprudente!
Nadie quiere eternamente;
que pase un mes y otro mes,
y me lo dirás después.
Aunque nuestro amor fué extraño,
ya no lloro
ni mi engaño ni tu engaño;
pues no ignoro,
*que la inconstancia es el cielo
que el Señor
abre al fin para consuelo
á los mártires de amor.*

Después, ¡ingrata! ¿qué hiciste?
¿Fué el ruido de un beso aquél?
Bien te oí cuando dijiste:
– No hice otro tanto con él. –
¡Ay, Victoria,
cuán frágil es tu memoria!
Ruega á Dios que siempre calle
aquella fuente del valle...
Si me engañas, ya antes, ducho,
te engañé;
porque aunque me amabas mucho,
yo bien sé,
*que la inconstancia es el cielo
que el Señor
abre al fin para consuelo
á los mártires de amor.*

Por último, ¡horrible paso!
dijiste, al partir, de mí:
– Es un... – ¡Ah! mas, por si acaso,
lo dije yo antes de tí.
Sí, gacela;
aquí, el que no corre, vuela;
lo que tú hoy de mí, yo ayer
dije de tí á otra mujer.

Que los seres en amores
adiestrados,
todos son engañadores
y engañados;
*pues la inconstancia es el cielo
que el Señor
abre al fin para consuelo
á los mártires de amor.*

Adiós. Te juro leal,
por el que nació en Belén,
que nunca te querré mal,
si no te quise muy bien.
Con que, adiós.
Navia y julio á veintidós.
Hoy por mí, y por tí mañana,
¡Tal es la doblez humana!
Si te ama algún importuno,
ó imprudente
llegases tú á amar alguno,
ten presente
*que la inconstancia es el cielo
que el Señor
abre al fin para consuelo
á los mártires de amor.*

IV

LOS SOLLOZOS

Si á mis sollozos les pregunto adónde
la dura causa está de su aflicción,
de un ¡ay! que ya pasó, la voz responde:
— De mi antiguo dolor *recuerdos* son. —

Y alguna vez, cual otras infelice,
que sollozo postrado en la inacción,
de otro ¡ay! que aun no llegó, la voz me dice:
— De mi dolor *presentimientos* son. —

¡Ruda inquietud de la existencia impía!
¿Dónde calma ha de hallar el corazón,
si hasta sollozos que la *inercia* cría,
presentimientos ó memorias son?...



V

QUIEN VIVE, OLVIDA

*Que la dicha, si es colmada,
si nada turba el contento,
suele trocarse en tormento;
porque cansa al corazón
siempre una misma pasión,
siempre un mismo sentimiento.*

(EL CONDE DE REVILLAGIGEDO.)

ÉL

¡Cuánto amor, Adela mía,
aquí un día
me juraste y te juré!

ADELA

Por cierto que fué en noviembre,
y en diciembre
me olvidaste y te olvidé.

ÉL

Allí grabé con pasión
la expresión
de que *vivir es amar*.

ADELA

Bajo expresión tan traidora,
graba ahora
que *vivir es olvidar*.

ÉL

Aun por tí mi amor se inflama,
porque el que ama
nunca olvida, si ama bien.

ADELA

No hagas de tu amor alarde,
que, aunque tarde,
á *gran amor gran desdén*.

ÉL

Entre estas ramas, ¡ay triste!
me dijiste:
— No te olvidaré jamás. —

ADELA

No acerté, en mi error profundo,
que en el mundo,
quien más vive, olvida más.

ÉL

¿Cuándo con locos extremos
volveremos
á amar con tan ciego ardor?

ADELA

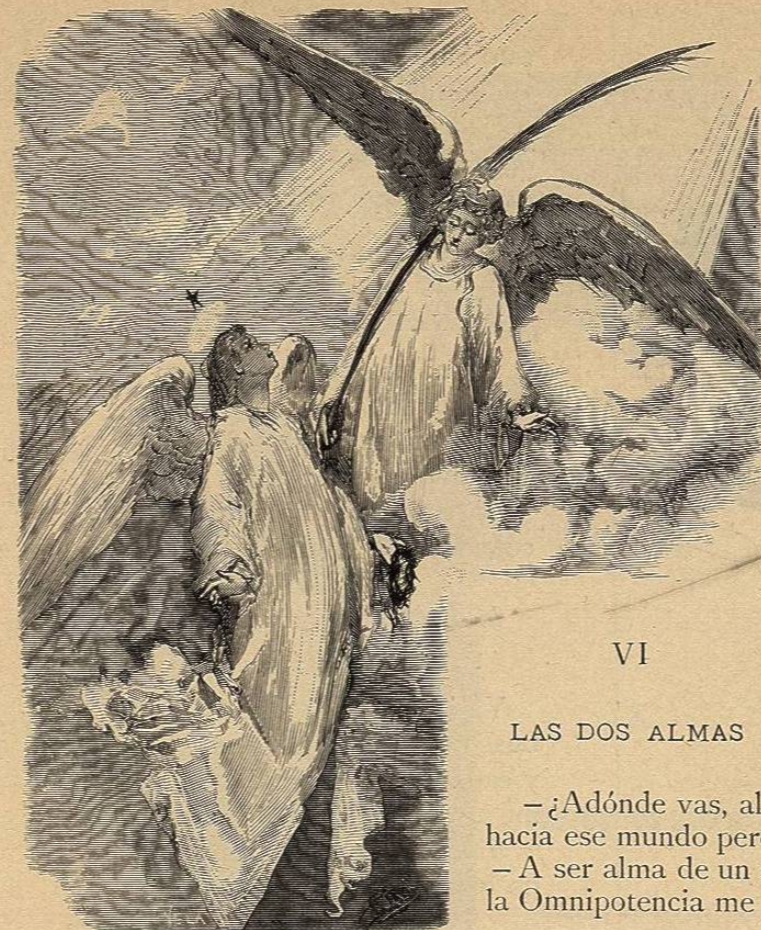
Nunca, pues ya hemos sabido
*que el olvido
sigue, cual sombra, al amor*.

ÉL

¡Tiempos felices aquellos
en que, bellos,
vivir era idolatrar!

ADELA

¡Quién entonces (¡pena fiera!)
nos dijera
que vivir es olvidar!



VI

LAS DOS ALMAS

— ¿Adónde vas, alma mía,
hacia ese mundo perdido?
— A ser alma de un nacido
la Omnipotencia me envía.

Y tú, alma mía, ¿qué vuelo
sigues, ganando la altura?
— Dejo á uno en la sepultura,
y voy caminando al cielo.

— Puesto que subes, hermana,
y te hallo al bajar al mundo,
dime si es... — Un caos profundo,
que llaman cárcel humana.

Prosigue, y no tan altiva,
hermana, bajas ahora;
porque vas, siendo señora,
á ser del hombre cautiva.

Que en él, con rumbo perdido,
sigue en loco devaneo,
cada potencia un deseo,
y un gusto cada sentido.

Pues de ansia de goces lleno,
busca el oído armonía,
el paladar ambrosía,
é impúdico el tacto, cieno.

Así sus gustos sin calma
van los sentidos gozando,
mientras que á merced, flotando,
va de los suyos el alma.

Y en rumbos tan desiguales,
y tan contrarios vaivenes,

si el alma delira bienes,
acosan al cuerpo males.

Y amando el cuerpo la tierra,
y el alma adorando al cielo,
siempre están, en su desvelo,
carne y espíritu en guerra.

— Pues si ya, el cielo ganando,
dejaste cárcel tan fiera,
¿por qué al aire, compañera,
vas esas lágrimas dando?

— Porque hay, hermana, en el suelo
seres que también se adoran,
y que, al dejarlos, se lloran,
como al dejar los del cielo.

— Si el cielo que dejo escalas,
y al mundo voy que tú dejas,
llevemos, pues, tú mis quejas
y yo tu llanto, en las alas.

Y al mundo adonde me alejo,
cuando le muestre tu llanto,
muestra mis ayes en tanto
al cielo hermoso que dejo.

Y ya que fatídico arde
de mi cautiverio el día,
con Dios queda, hermana mía.
— Hermana mía, Él te guarde. —